



QUÉ HORA ES ... ?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugerencias, incitaciones, perspectivas y rumbos, noticias, revisiones, antipedagogía.

Sobre la formación del maestro

(En el *Rep. Amer.* Envío de la autora, en Santiago de Chile).

Abundan en la pedagogía moderna las expresiones: educación social, desarrollo de la íntegra personalidad del educando, trabajo socializado, etc., expresiones todas que subrayan la importancia de capacitar al joven para integrarse en un equipo, laborar en grupo y actuar sin complejos ni prepotencias en una colectividad disciplinada democráticamente. Es el imperativo del momento que vivimos y una reacción en contra tanto del individualismo egocéntrico del siglo XIX, como de los totalitarios del XX que en la última guerra precipitaron a la cultura europea a una catástrofe sin precedentes.

Educación social es un término ambiguo y complejo que conviene analizar para no caer en malentendidos que nos extravíen. ¿Cuál es la piedra angular de la vida en grupo, cuál es aquel factor sin cuya concurrencia perece? ¿Un desarrollo económico más o menos parejo, una cultura semejante, la aceptación voluntaria a un régimen legal, jurídico o cívico? Sin duda; mas, a la luz de la experiencia, nos parece previo, básico y más esencial que todo eso, la capacidad y la voluntad de someterse a ciertas normas éticas. Sin un apoyo moral, el derecho es burlado, las relaciones humanas quedan a merced de los rapaces; se desvirtúan y se desquician hasta malograrlos, los beneficios incluso de la democracia, las técnicas, el derecho y la cultura.

Ilustremos estos asertos con ejemplos de la vida diaria. Necesitamos un obrero, un gasfiter. Indagamos cuál puede servirnos. Fulano de Tal. Conoce a fondo su oficio y trabajará muy bien hasta el momento en que se emborrache, deje la tarea a medio hacer o sencillamente la abandone. Otro: un empleado público atiende una oficina de importancia, dadas su inteligencia y preparación. Es muy capaz de servirla con singular acierto; empero la atención y rectitud con que expide sus informes están en relación directa con la generosidad o las influencias del solicitante... Este médico se tituló con votaciones óptimas; es poseedor de una técnica que ha costado años de instrucción y miles de pesos en equipos y profesores. Desgraciadamente, acepta muchísimo más trabajo que el que puede atender, o mercantiliza su vocación o se niega a servir a quien no lo puede pagar... La ley — la del comisariato, por ejemplo — ha sido dictada con el más sano de los propósitos de servicio al pueblo. Pero ¿de qué valdría si aquellos en cuyas manos se confía su realización fuesen venales, traficantes y especuladores? En una esfera más amplia, la agonía, la tortura de millones de seres en los campos de concentración o bajo el macabro martilleo de las bombas, nos están convenciendo de que el investigador que posee la más adelantada de las técnicas, suele colocarse al servicio de una crueldad sorda a toda misericordia humana.

Estos seres recibieron una alta educación, participaron de los bienes máximos de la cul-

tura, aprendieron el empleo de técnicas refinadas. Las malograron por desdén, ausencia u olvido de una doctrina moral que orientase sus actividades hacia el bien de todos. Podemos, pues, inferir que el fundamento último y esencial de una colectividad que desee perdurar y vivir en justicia, paz y bienestar, es el factor ético.

Por muchos siglos cada tipo de moral ha sido acompañado de una clase de religión: la necesidad social de aquella buscó un apoyo en el mandato de los dioses para adentrarla así más profundamente en el ánimo temeroso de las multitudes. La fecundidad de su obra, sin embargo, puede medirse menos por la importancia que conceden a la obediencia del rito como a la inculcación de los preceptos morales. Y cuando el hombre moderno se refiere a éstos ya no lo hace con referencia a un tipo de divinidad cualquiera, sino a su contenido humano, de servicio social. No hay moral sin religión, afirman algunos creyentes. La verdad es otra: que no hay sociedad sin moral. Si ésta falla, la sociedad se desintegra y perece.

Ahora bien, ¿es posible enriquecer el bagaje ético del educador en forma tal que le habilite para ser el guía de la generación joven, y si lo podemos, ¿qué técnica, qué metodología emplear para conseguirlo? Porque todo cuanto empeño y dinero se gaste en la preparación del maestro será vertido estérilmente si olvidamos su máxima tarea: la de servir a la superación espiritual. Por otra parte, el educador que todos conocemos, acaso no requiera una preparación de esta especie, porque ya la posee, o quién sabe si no admite que intentemos influir sobre él. El adulto se resiente, se ofende de una intromisión en ese reducto inexpugnable e irreductible que cons-

tituye nuestra íntima personalidad. Es decir que mientras el maestro cree en la posibilidad de educar a otros, él mismo suele pensar que nada ni nadie puede influir tanto sobre él que le haga variar. La única evolución que acepta es la que se verifica bajo su propia tuición o anhelo.

La verdadera educación, como la más valiosa sabiduría no estriban, sin embargo, en enseñar o en saber algo, sino en despertar la apetencia para esforzarse en aprender más y más, en seguir ininterrumpidamente un camino de superación.

Difícil y delicada tarea, la de educar al adulto. Volvamos los ojos, entonces, a las escuelas normales y a los institutos pedagógicos en donde se les reúne en la edad infinitamente fecunda de la juventud y en donde puede guiarles el consejo, el ejemplo o la persuasión. Mas, si en alguna disciplina, nuestra metodología es rudimentaria, es en la enseñanza de la moral. Sabemos que la prédica ayuna del ejemplo y que éste desprovisto de esa efusión cordial y esa simpatía humana que nos incita a imitarlos, no sólo son estériles sino aun contraproducentes. Ante tamañas dificultades, muchas escuelas se cruzan de brazos. Es como si de antemano se declarasen vencidas, como si de antemano sus maestros se resignaran a ser instructores, y no consejeros ni guías en la ciencia suprema del vivir y perdurar.

Educación social es lo que nos falta en nuestros planteles, afirman los más avanzados pedagogos. Mas, ¿cómo realizarla sin maestros que hayan sido preparados desde su juventud en esta ardua, delicada y compleja disciplina, sin personalidades depuradas y valientes, capaces de defender su posición y sus convicciones con las armas de la filosofía, de la cultura, del conocimiento del mundo en que actuamos y sobre todo del ejemplo de sus propias vidas?

Estas líneas son una invitación a meditar en la responsabilidad que cabe a las escuelas normales e institutos pedagógicos en el éxito o en el fracaso de la renovación que deseamos en nuestro sistema didáctico, porque en último término es la personalidad ética del profesor la que va a decidir.

Amanda LABARCA H.

El temor de Dios

(Envío de *Alfredo Cardona Peña*, en México, D. F.)

No fueron los fantasmas, ni los bultos, ni los ruidos misteriosos de la noche, ni los aparecidos, ni los muertos, ni los vivos, ni el diablo, sino Dios, lo que me aterró en mi niñez. El viento, dándose de golpes contra las puertas, quejándose por las rendijas, bregando por entrar por las troneras, dando vuelta a la casa, sí, solía espantarme; pero era un temor pasajero. El aullido de los perros que yo aprendí a identificar con el motivo que lo provocaba, también alguna vez me inquietó, pero justamente por saber su causa, pronto lo olvidaba, y volvía a quedarme dormido. Nunca pude ver lo que los perros veían; por eso aunque un hombre sepa la razón de sus aullidos, puede quedarse tranquilo, pues lo que más espanta es todo lo que entra por los ojos. Para que un hombre vea lo mismo que ven los perros, dicen los indios, requiere que se ponga en los ojos lagañas del animal, pero yo

tuve siempre miedo de todo esto y nunca me atreví a ir más allá de mis fuerzas. Conocí gentes que lo habían hecho y algunos que traté me contaron cosas tremendas.

Los pájaros agoreros, porque podían anunciar la muerte de mis mayores, era algo que evitaba, cantando o silbando en las noches para no oírlos o para espantarlos y alejarlos. El alcabarán, el tecolote que anuncian la muerte del indio, y que cantan todo el año, pero al que sólo oímos y damos crédito cuando alguno agoniza en la familia. Así, un triste desenlace, prueba que cuando el tecolote y el alcabarán cantan, el indio muere. Pero no era nada de esto mi terror. Tampoco lo eran las visiones, siempre propicias cuando alguno está próximo a morir, sobre todo de esas enfermedades de por sí mortales. Una de esas enfermedades que lo matan a uno desde el momento en que se declaran, aunque se siga ca-